

Alquimia democrática: conflictividad y desplazamiento de las fronteras de la política

César Rojas Ríos

INTROITO

Bolivia vive un momento excepcional: está revisando su pasado, más allá inclusive de su fundación como República, y se encuentra proyectando su futuro. Pensar sobre la conflictividad y la democracia bolivianas resultan siendo tarea urgente; pero el dramatismo de su realidad también aporta (y mucho) a dilucidar las posibilidades y límites de la democracia, y también contribuye a reflexionar sobre la fecundidad y los riesgos de la conflictividad: permitió destrabar y revitalizar procesos históricos soterrados; pero también los puede acabar nueva-

mente frustrando. Esta es la perplejidad y la angustia de su presente: Prometeo sigue encadenado en las cumbres andinas, ¿podrá derribar sus cadenas, y traerá más luz y no más noche a un pueblo sediento de las bendiciones de la *Pachamama* (Madre tierra)?

La democracia goza de una mala salud de hierro. La democracia es un “régimen ruidoso”, por doble partida, mantiene viva la competencia por el poder —aunque se trata de un conflicto pacificado, pero lo que *está en juego* (nada menos ni nada más que el poder de gobierno como su recambio de personal por los mejores puestos) lo dota de aspereza y virulencia— y porque permite la irrupción de los conflictos sociales. Y cuando uno y otros parecen desbordarla, sentimos su fragilidad, a veces, inclusive su impotencia; entonces evidenciamos su “mala salud”, pues parece pronta a colapsar. Da la impresión de un equilibrista a punto de caer de lo alto de una cuerda de trapecio. ¿Y de “hierro”? La democracia consiente que los conflictos latentes se hagan manifiestos, expresen a cielo abierto y de cuerpo entero su sintomatología; pero una vez que dejaron de ser larvados para asumir su carácter público, permiten que el poder político (y la propia sociedad) cobre conciencia y pase a la acción. La respuesta puede ser la aplicación de una o varias reformas, dependiendo de la gravedad de lo visto. Lo fundamental: la democracia, al permitir la visibilidad o revelación del conflicto, no enceguece al poder político, más bien debiera *alertar y retroalimentarlo*. Y, si además el

poder político toma para sí la lucidez, podrá emprender el camino del cambio social, que, una vez que se abre paso y se institucionaliza, integra a los grupos de protesta, porque, al ser concedidas (en parte o totalmente) sus demandas, aumenta (en parte o totalmente) su lealtad al sistema —la relación es directamente proporcional—. En consecuencia, la democracia pasa a gozar de una salud de hierro. Lo que permite disfrutar de ella o no, como se ve, no es haber alcanzado un estadio histórico feliz, sino haber respondido a las demandas legítimas y sentidas de cambio social, sobre todo aquéllas que responden al ser y la sensibilidad de la democracia... con cambio, no con cerrazón y soberbia negadoras —no debiera extrañarnos entonces que la democracia se trate de un sistema político estridente, agitado y de un “efecto ansiógeno” indudable. Para quienes desean puertos más calmos, sin duda la democracia no ofrece un clima benigno para los nervios.

LA ENERGÍA PRODUCTIVA DEL CONFLICTO

Ese estrépito soterrado, largamente incubado, estalla un buen día como una bengala atemorizadora, pero no debe encoger los espíritus: son las luces del conflicto social. ¿Qué alumbran con intensidad volcánica? Los problemas cruciales de la sociedad que crujen desde el fondo de sus estructuras socioeconómicas, las exclusiones intensas que gritan desde las heridas llastadas de la intrahistoria y los dilemas fundamentales que relampa-

gualan sobre el horizonte estatal. Por un momento todo vacila entre el ser y la nada. ¿Darán un paso adelante o dos atrás? La historia como un búho vigila y espera si los signos de interrogación irán perdiendo su sinuosidad para erguirse definitivos en signos de exclamación.

De esta forma tocamos el tema capital de los conflictos sociales, y su ligazón con los procesos históricos puede derivar, reforzando el *status quo* o abriendo las puertas del cambio social. Ambos, conservadurismo y cambio, lucen con sus mejores galas. El conservadurismo se engalana de certidumbre, estabilidad, seguridad, orden. Representa lo dado. El cambio social viste de incertidumbre, inestabilidad, riesgo, desorden, pero también de esperanza en días mejores. Representa lo posible y deseado. Si el conflicto de proporciones se ha desatado de los nudos del control social y de la inercia del conformismo social, entonces el orden ya no lo contiene. ¿Ni detiene? *Lo avanzado por un conflicto puede ser desandado por otro conflicto igual o mayor.* Una acción puede ser detenida por otra acción contraria. Una pasión puede ser combatida por otra pasión. La máquina puede ser detenida por una contrafricción (Thoreau, 2003). Nada está dicho. Todo está por decirse y decidirse. ¿Dónde? El conflicto puede morir ahogado por la represión o desnaturalizado por la cooptación, pero puede terminar igualmente vivificando el sistema en *nuevos términos*.

Ahora bien: quien entra en conflicto lo hace para ganar haciendo uso de medios hostiles. El objetivo es ga-

nar; sin embargo, los resultados se abren como un arco iris: perder, ganar o empatar. Lo fundamental: si quien gana desafía el orden establecido, el orden puede ser removido en (gran) parte. Para removerlo *del todo* necesitará no ganar una contienda electoral, sino derrotarlo en el escenario tumultuoso de la revolución o la guerra civil. Entonces surge nuevamente la **trilateralidad de los resultados** (ganar, perder o empatar). Si quien desafía en (buena) parte el orden vence, el orden se remozará. Se proyectará en el tiempo pero con una *cualidad diferente*. ¿Qué marca la victoria final? ¿Las fuerzas insurgentes tomando el gobierno? ¿Las viejas protestas convertidas en tonificadas políticas estatales? Lo que un gobierno ha escrito con la mano otro lo puede borrar con el codo. Hasta ahí la reversibilidad política de los acontecimientos estatales está presente. Lo que marca el verdadero éxito del cambio, por tanto su irreversibilidad, no es su implementación, ni siquiera su institucionalización, sino pasar a convertirse en cotidianidad: forma de ser y actuar de la gente. Es decir, la épica del conflicto y los sucesos extraordinarios devienen en puros y simples actos ordinarios y rutinarios.

¿Qué lección nos deja el conflicto a su paso por la historia? Las victorias rompen las aguas de la historia; mientras los derrotados como sus instituciones son reseñados en las páginas de la historia. Marca el contraste dramático entre lo vivo que se prolonga y lo muerto que se entierra. A continuación trataremos de precisar

en una visión procesual (forzada pero ilustrativa) algunos **umbrales de paso** de los conflictos de gran envergadura —aquellos donde el grupo conflictivo termina convirtiéndose en actor político—, necesarios para situarnos en correspondencia con los **procesos históricos logrados**.

■ PRIMER UMBRAL

Nada hay más revolucionario que ese primer momento donde la *conciencia despierta*, se libera o explota, para reinterpretar su pasado y proyectar su futuro, identificar al grupo responsable de su sufrimiento y recordar el cúmulo de injusticias experimentado, y ese nuevo sentimiento compartido de apoyo mutuo le imprimirá una sensación de potencia como la capacidad de actuar. Es decir, son dejaron de estar. A partir de esta constatación, buscarán imprimir su impronta en la marcha, hasta ese momento, unilateral de la historia (Gerth y Mills, 1984; McAdam *et alii*, 1999; y Javaloy *et alii*, 2001).

Los Tilly concluyeron en su estudio de un siglo de conflictos en Europa que “ningún derecho político importante” alcanzó carta de naturaleza sin la predisposición de algunos sectores de esos grupos de [protesta] a superar la resistencia del gobierno y de otros grupos. (Sidney Tarrow, 2004.)

La definición precisa del contenido y la cantidad de estos derechos no está dada *a priori*, sino que se determina a través de una historia de conflictos sociales. (Serrano Gómez, 2001, p. 215.)

No fue la generosidad del capital, sino la habilidad de los movimientos sociales de base nacional para presionar al Es-

tado y la aptitud de éstos para captar y redirigir excedentes lo que hizo posible un incremento en los estándares de vida y la oportunidad de una mejora material y cultural (W. Robinson *et alii*, 2004, p. 101.)

■ SEGUNDO UMBRAL

El conflicto y el *resultado arrojado* (ganador, perdedor o empate) terminarán por dilucidar la trama de la historia. Si el grupo conflictivo gana, habrá dado un salto de valla. Los términos de la protesta pueden pasar entonces a remover y ampliar las fronteras de lo político: lo impensado e imposible se puede repentinamente tornar en pensado y posible. Octavio Paz escribió que

la historia ya no es una pieza escrita por un filósofo, un Partido o un Estado poderoso; no hay “destino manifiesto”: ninguna nación o clase tiene el monopolio del futuro. La historia es diaria invención, permanente creación: una hipótesis, un juego arriesgado, una apuesta contra lo imprevisible. (1986, p. 212.)

¿Un juego abierto? Nadie duda de la existencia de coyunturas históricas donde ésta se abre y parece entregarse en plenitud, como si se situara al centro de una plaza donde todos los caminos se parten al mismo tiempo; pero también es cierto que el ganador de la contienda (electoral o militar) cierra el juego. De entre todos los caminos, elige uno: el suyo. De esta manera la historia —ensalzada por Paz en ese momento estelar de apertura de los cielos— rápidamente fue privatizada y monopolizada por el ganador histórico de la contienda: Estados Uni-

dos. El tratado victorioso lo presentó Francis Fukuyama en el *Fin de la historia y el último hombre*. No hubo más apuestas por delante, ni juegos arriesgados, sino una sola constatación: el capitalismo democrático. De estos hilos se tejerá el ovillo de la historia hasta que una nueva potencia ose desafiar al ganador. La conclusión se presenta contundente: *el ganador tiene la prerrogativa de cerrar el juego anterior y de inaugurar el propio*. Lo hizo de esta manera en América Latina; pero el tiro le está saliendo por la culata una vez implementado el “Consenso de Washington”: si bien el capitalismo se impuso sobre el socialismo, no se impuso sobre la realidad y más bien generó efectos perversos: no disminuyó la pobreza, ni la desigualdad, ni el desempleo, más bien aumentaron. Persiste la exclusión. Persiste la discriminación. Por tanto, América Latina está buscando sus propias fórmulas de cara a sus propias realidades. En el caso boliviano, el derrotado más bien resultó el neoliberalismo y entonces se abrió la **polifonía de la conflictividad**, poniendo en juego tres temporalidades diferentes: una voz viene de muy atrás —tiene la densidad de quinientos años—, conecta con la propia llegada de los españoles, podríamos hablar de la emergencia de la intrahistoria: lo oculto, silenciado y latente de nuestra historia —lo indígena y su cultura— emergen y salen a la vista. ¿Qué piden? La descolonización del Estado y la sociedad. La otra, abortada y cegada, se levanta en la revolución inconclusa de 1952 y

reclama ser concluida para instalar una sociedad de ciudadanos plenos. Iguales. Otra voz emerge del fracaso y la frustración neoliberal (1985-2005) y pide recobrar la esperanza en el futuro. Salir de un presente cada vez más aciago. Todas estas voces las acopla el MAS; pero hay otra voz disonante y resistente: la autonómica. Tiene dos filos: uno descentralizador y democratizador; el otro autoritario, oligárquico y conservador. Como las cuchillas de la tijera, chocan y sacan chispas; pero también pueden cortar el cuello de la sociedad boliviana.

■ TERCER UMBRAL

La coyuntura de la **política aplicada** y el **túnel de vicisitudes**. El grupo conflictivo ha llegado al poder, parecen tocar el cielo con las manos porque sienten que sus puertas se le abren de par en par; sin embargo, lo que se les extiende por delante es un pasaje de contratiempos. Al final puede estar la luz, pero antes tiene que salvar otra valla considerable: la oposición. Pondrá a prueba en la contienda política su capacidad para redefinir el nuevo escenario de poder, duplicar su potencia y probar recobrar el manejo del gobierno. Aquí urge desarrollar una consideración sustantiva: ¿en qué régimen político se metaboliza el proceso? ¿En dictadura o democracia? Esto tiene profunda relevancia para el tipo de acciones que se emprendan y las consecuencias que se presenten. Es necesario detenernos en el paralelo y *desacople* que se presenta entre democracia y conflicto.

La democracia implica la dialéctica gobierno/oposición: su vivacidad y dinámica, no su anulación. La vigencia plena de la alternativa política y la contingencia de la alternancia gubernamental. También la responsabilidad y no la obstrucción sistemática de la oposición. El conflicto igualmente acarrea la dialéctica entre los contendientes: si uno gana y el otro pierde, el ganador deseará llevar adelante su voluntad como un dictamen impuesto por su fuerza (*diktat*) y habiendo resultado ganador llevar sus propósitos sin réplica. Si el actor conflictivo llega al poder tendrá la enorme tentación de operar en la lógica eficaz de la conflictividad (hostilidad), no en la lógica democrática: debate, acuerdo y compromiso. Tentación que además se acrecienta porque la oposición representa en (gran) parte todo lo pasado y vilipendiado. En consecuencia, *incomprensible y dramática —por decir lo menos— luce la democracia para el grupo conflictivo: pactar con quien antes luchaba y ceder en la arena democrática aquello que había ganado en la social.* ¿Qué queda? Ojalá la suficiente claridad para que los actores involucrados vean la *dependencia* entre las partes y el todo, es decir, si los contendientes vienen a ser las partes y la democracia el todo, en caso de que las partes fueran totalizando el escenario, el conflicto acabará siéndolo todo y la democracia nada, ¿podrá igualmente resolverlo todo? Lo evidente es que la lógica del conflicto se tornará en la dinámica de funcionamiento gravitante de la sociedad y

el Estado, canibalizada antes la democracia o convertida en un ritual de paso sin ningún predicamento.

Esta etapa convoca, por tanto, la generación de grandes fórmulas políticas si se quiere mantener en pie la democracia. Es decir, la construcción de **pactos fundacionales**. ¿Qué coordenadas tomar en cuenta para su edificación? Dos requisitos funcionales: no se podrá tejer nada sin tomar en cuenta la demanda de cambio social; tampoco excluyendo en seco a la oposición.¹ Lo primero, porque el cambio significa la razón de ser del grupo conflictivo; lo segundo, porque sin la aquiescencia del otro el túnel se puede tornar estrecho y oscuro. Ese punto de inflexión de alta política lo marca la historia contemporánea de España con los pactos de la Moncloa (octubre de 1977) y de Sudáfrica con la fórmula política de reconciliación Mandela-De Klerk (1994). En el límite se trata de “doblegar sin arrancar” (Aron, 2007, p. 176) para no encontrarse con la furia del otro y destapar la caja de los truenos. Para muestra basta un botón: Colombia. El caso prototípico del “empate catastrófico”. Ambas fuerzas se están matando por casi cincuenta años con un promedio de 20.000 muertos por año. Es trágico hacer la multiplicación de años por muertos porque el resultado da una sociedad desangrada. La democracia no cambia de rostro de la noche a la mañana, porque tiene que contar con ese otro que espera, resiste y embiste —la frase de Sartre para este tipo de circunstancias le cae como anillo al dedo: “El infierno es el otro.” Empero se trata del límite

del proceso de cambio (los intereses y expectativas del otro), su principio de estabilidad (si el otro acepta participar) o de progresivo deterioro (si no acepta ser parte del proceso).

Para aquellas sociedades donde su democracia metaboliza hondos procesos conflictivos así como intrincados procesos de cambio, si no quiere desatar los demonios del apocalipsis, sólo le queda recordar que en coyunturas de alta tensión la democracia es la única cuerda que ata todas las partes. No tienen otra. Si la rompen pueden entrar en una noche sin fin.

■ **Y EL CUARTO UMBRAL, LA RUTINIZACIÓN DEL CAMBIO SOCIAL**

El cambio apareja nuevos valores, actitudes y conductas que, de ser exitoso, se instalará a lo largo, ancho y hondo del orden establecido, porque los ciudadanos consideran que son valiosos para la vida en sociedad. El resultado final: una **cotidianidad remodelada**. El cambio no sólo ha tocado las estructuras institucionales y socioeconómicas, sino las interacciones sociales y la mentalidad de las personas. El dato más fuerte: los viejos opositores terminan por asumirlas sin pena, porque el grupo conflictivo tampoco las ostenta como su propia gloria. El cambio, por tanto, deja de ser pensado y combatido, para ser parte de la normalidad en combustión diaria. La historia recién entonces habría dado un pase de página. Antes... todos son signos de interrogación y

perdurable suspenso. Homero citó como un proverbio muy antiguo que “los molinos de los dioses muelen despacio”. ¡No es así! Quienes muelen en su interior despacio, demasiado despacio, son siempre los hombres que, aferrados a sus creencias como a formidables rocas bíblicas, tienen que verlas descomponerse para aceptar que no eran tan firmes como pensaban ni tan seguras como en verdad creían, para construir con ellas desde los cimientos el edificio sólido que cobije a unos con los otros y a éstos con todos los demás.

MOVER LAS FRONTERAS DE LA POLÍTICA

Las aguas de la historia se abren ante la fuerza del conflicto. ¿Qué despierta a una sociedad y la estimula a avanzar? ¿Tienen los sondeos de opinión el mismo impacto que los conflictos? ¿Entra la letra con sangre? No es lo mismo dar cuenta del estado de la opinión que hacer frente a una opinión movilizada. Y que, tanto el sistema social como el político, reaccionen a su ser y a su fuego, saliendo del enclaustramiento de su propia cotidianidad. Le abran las ventanas de mundos hasta entonces ajenos y lejanos. Por eso necesitamos más conflicto, y no menos, pues son pocas las injusticias que se abordan si no media un conflicto serio (Ury, 2000, p. 26). ¿Cómo es que el conflicto logra romper las aguas de la historia? El proceso tiene tres funciones que las presenta con toda claridad Edgar Morin en su libro *Sociología*: la primera, el conflicto *revela* a cielo abierto los malestares profun-

dos de la sociedad adormecidos para cada quien por las urgencias y los placeres de su propia vida, por la agenda (generalmente) coyuntural y anecdótica de los medios masivos y por el histrionismo flamígero de la clase política. Como escribe Dahrendorf: “Los conflictos han de verse para que sean reales. Tiene poco sentido hablar de grietas en las estructuras sociales si no sale ruido alguno de ellas” (1990, p. 184). Y es su estruendo el que corre el velo de ese malestar largamente olvidado. La segunda, cambia el foco de atención y *reflexión*. El conflicto convertido en una campanada o latigazo social atrae poderosamente nuestra atención y despreza los músculos mentales. Nuestra cabeza sale a la búsqueda de esclarecerse, de entender por qué sucede lo que sucede, luego, de qué se puede hacer ante lo que sucede. La explicación resulta en una solución, o en varias. La sociedad sale de esta forma del sonambulismo para entrar en la politización. Lo sintetiza maravillosamente Lorenzo Cadarso:

Es el conflicto social el que induce una determinada forma de percibir los problemas de la realidad en clave de crispación y crítica; radicaliza posturas políticas o éticas; señala culpables; pone de manifiesto los problemas o incluso los agrava; propicia interpretaciones maximalistas de los objetivos; y, en general, cuestiona todo el orden vigente y su percepción social, de tal manera que, casi de improviso, la *gente descubre un rostro diferente del mundo que lo rodea*. (2001, p. 89; subrayado propio.)

Nada es como antes, ni la realidad ni el pensamiento, bajo la estela subyugadora del conflicto. La tercera, la *transformativa*. Los políticos han destilado su propia solución, han divisado ya el camino a seguir, entonces

se pondrán mano a la obra. Para eso deberán vencer los obstáculos y resistencia de la oposición quienes desean retornar a la situación *ex ante*. Todavía el camino del cambio efectivo se anuncia largo y en puertas está un nuevo conflicto: el político. La competencia electoral por el poder gubernamental... para poder abrir las puertas del cambio o para poder cerrarlas con doble candado. Todo dependerá de cómo cada jugador eche sus cartas y sepa jugarlas. El conflicto social nos ha llevado al reino de Maquiavelo y sus juegos políticos.

Dicho esto, podemos marcar ciertas sendas de evolución de las democracias contemporáneas que, a su vez, generan fuertes tensiones internas, pues dirime lo que la ciudadanía de ciertos países (en especial Bolivia) está dispuesta o no a aceptar. La cita de una frase de Raymond Aron y su posterior parafraseo ayudarán en el cometido: la democracia entraña un principio de legitimidad que reposa en el pueblo y “sólo una vez que se ha puesto en circulación la noción de que los *gobernantes son los representantes y no los dueños de los gobernados*, las consecuencias pueden ir más allá de lo que desearían los gobernantes” (1999, p. 73 [subrayado propio]). Es decir, los gobernados son los dueños de las decisiones públicas y no los gobernantes, con lo cual se avanza hacia la democracia participativa y deliberativa (sugiriéndose ambas de manera complementaria a la democracia representativa). El principio rector de ambos modelos descansa en la idea de que participarán en la toma de decisión todos

los que sean afectados por esa decisión. Por tanto, una democracia que se encuentre en este estadio no aceptará nada por debajo de este principio; por supuesto, no sin la resistencia inicial de los gobernantes al ver rebajado su estatus político.

Parafraseando a Aron, podríamos decir que, una vez que se ha puesto en circulación la noción de que los *gobernados son el fin último de la sociedad y no los gobernantes*, las consecuencias pueden ir más allá de lo que desearían los gobernantes y, sobre todo, las elites económicas. Es decir, la situación socioeconómica de los gobernados no puede estar alejada de la situación de los gobernantes y de las elites económicas. Dicho de otra forma: la única forma que los privilegiados mantengan su bienestar sin sobresaltos sociales es que universalicen las prestaciones básicas, nivelen las oportunidades y socialicen el bienestar. Esto recoge el reto de la democracia sustantiva y su ideal más profundo: la igualdad y la construcción de sociedades cada vez más niveladas —no avanzar en este sentido puede ayudar a la corta a la economía globalizada, pero al hacerla más salvaje, también genera reacciones más violentas por quienes sufren las consecuencias de una política entrega a manos llenas a los imperativos de la acumulación y el crecimiento económico.

De igual manera, una vez que se ha puesto en circulación la noción de que los *gobernados tienen derecho a saber todo sobre el funcionamiento del Estado y no*

sólo lo que los gobernantes quieren o les conviene, las consecuencias pueden ir más allá de lo que desearían los gobernantes y los partidos. Lo dijo con entera claridad Norberto Bobbio: la democracia es “el gobierno del poder público en público” o el “régimen del poder visible” (1992, p. 65-6). La publicidad es la regla; el secreto es la excepción. El círculo se cierra: el vigilante resulta siendo vigilado, el controlador termina también controlado. El pueblo se erige en juez. De este modo, el pueblo deja de ser un alma sin cuerpo, retirado sobre el Olimpo como un dios invisible y silencioso para más bien mantenerse alerta y de mirada puntillosa sobre los actos de los gobernantes. Dejó de estar dormido para convertirse en un gigante pronto a reaccionar (Rosanvallon, 2007).

Finalmente, una vez que se ha puesto en circulación la noción de que los *governados son identitariamente diferentes y no sólo los partidos en competencia*, las consecuencias pueden ir más allá de lo que desearían los gobernantes, los partidos y los propios ciudadanos. ¿Qué implica? Históricamente, la democracia fue ampliando la participación hacia abajo (analfabetos, mujeres e indígenas pudieron acceder al voto) pero ahora se amplía hacia arriba: los excluidos de siempre están llegando hasta la última línea y tomando los primeros puestos. ¡Poderoso mensaje simbólico: cualquiera puede llegar a la cumbre, porque ya no está reservada para un grupo selecto!² Algo más: las sociedades democráticas deben recoger su complejidad cultural, traducirla

institucionalmente y asumirla personalmente para asegurar una convivencia pacífica.

Estas líneas de evolución marcan la impronta revolucionaria y conflictiva de la democracia. Las venas profundas que las surcan y hacen avanzar hacia horizontes inéditos, que no son otra cosa que resonancias de lo hondo de su corazón. Porque la democracia no es sólo un formidable “método político”, sino una Promesa... de libertad, igualdad, participación, autonomía, reconocimiento, transparencia, que activa en los grupos focos de conflicto. ¿Cómo avanza entonces la democracia? Institucionalizando: ha regulado el conflicto político y va normando las demandas de los nuevos conflictos que interpelan el espíritu de la democracia (y, en esa medida, encuentran su legitimidad y relevancia, en contraste precisamente con esos ideales). Empieza en lo inexistente estatalmente pero bullente socialmente, luego pasa a lo suficiente y continúa pujando hacia lo ideal. ¿Cómo resultó siendo el recorrido de cada conquista? Conflictivo y sinuoso —nadie, salvo quien tenga una visión desinformada, ingenua o interesada de la historia, pensará que los avances y cambios sociales adelantan sobre una alfombra y al mismo tiempo en línea recta, cuando constatamos que sus caminos son tortuosos y enredados.

Pero, sin duda, la democracia va haciendo camino al andar. El corolario a esta reflexión no podía encontrar mejor portal que una frase de Ortiz Leroux: “La democracia llama a *más* democracia. Es un vértigo sin fin” (2000, p. 145).

UMBRAL CONCLUSIVO

Tres caminos se sugieren posibles en el caso boliviano: el “empate catastrófico”, la unilateralización de la historia y el empate virtuoso. En su posibilidad real se insinúa la perplejidad y el desasosiego del presente.

El “*empate catastrófico*” viene siendo la continuación del empate político pero por otros medios, además, “cronificado”. Para ejemplificarlo con dos casos: Bolivia presenta un empate político y Colombia uno catastrófico. En el empate político el gobierno y la oposición parten de una situación de equilibrio relativo, pero después de un largo proceso conflictivo continúan manteniendo entre sí un balance de poder casi simétrico: uno y otro se han apuntado victorias parciales, pero no logran consolidar una situación de supremacía. El daño para cada uno es significativo; pero al mismo tiempo, ha ocasionado un deterioro global al conjunto de la sociedad. ¿Qué significa el “empate catastrófico”? Si definimos el conflicto político como una interacción contenciosa entre gobierno y oposición por la hegemonía del poder pero *sin armas de guerra*, entonces el “empate catastrófico” significa que ambas fuerzas, para dirimir la hegemonía del poder, hacen uso de armas de guerra pero *sin resolución*: no hay vencedor ni vencido plenos; aunque sí innumerables y constantes bajas en uno y otro lado. Los muertos y heridos se siguen y se suman, en el caso colombiano, por años y décadas. El conflicto lo es todo; mientras la sociedad fue reducida a transformarse en un depósito de per-

trechos y batallones de humanos para fortalecerlos. ¿Qué los mantiene sumidos en esa situación? La esperanza en la victoria final y la transformación del conflicto en la forma de funcionamiento “normalizado” de la sociedad: todos y todo se acomoda al conflicto. Si por una parte los contendientes alientan una salida victoriosa (desmentida una y otra vez por los acontecimientos); por otra, se adaptan a la dinámica del conflicto permanente: quieren resolver el conflicto con una victoria final, pero de hecho se acomodan a una situación de “empate catastrófico” que, para ser tal, requiere la revitalización constante del conflicto armado. Dicho esto, podríamos concluir señalando lo siguiente: el empate político y catastrófico es producto de una **paradoja altimétrica** entre los deseos de victoria y la imposibilidad real de lograrla.

La *unilateralización de la historia* también es una posibilidad cierta. Más allá de que el conflicto, en muchos casos, abra las puertas del cambio social y por tanto tenga un **valor futurizo** —construcción del mañana en nuevas y mejores coordenadas—, lleva a la *medición de fuerzas*, donde el resultado de la confrontación dicta lo que cada uno de los contendientes puede arrancar o ceder (balance de poder), y no es el cálculo subjetivo de la negociación el que determina lo que se da o se toma, dejando siempre un resquicio de duda sobre si se concedió mucho o poco. Si se fue blando o duro.³ El martillo del conflicto golpea sobre el yunque de la realidad, la moneda caerá, cara o cruz. A partir de ese resultado se

dará la relación entre los contendientes, sumisión o imposición, y lo que cada uno de ellos podrá empezar a andar o desandar. En el caso boliviano, después del Referéndum Revocatorio, el gobierno ha tomado las fuerzas necesarias para seguir su marcha adelante sobre la ceguera y mezquindad de la oposición. El riesgo: si las elites evidencian una vez más, como a lo largo de la historia republicana, su falta de lucidez para mirar más allá de sus narices, acabarán contribuyendo a la deformación de la democracia. No habrá mayor bienestar, ni mayor libertad, ni mayor estabilidad. El país irá dando tumbos en el Tiempo y haciendo remiendos en el cuerpo llagado de la sociedad y del Estado. Para las masas decirles que no obtendrán el vino preciado, nada les dice cuando saborean algo de agua fresca, luego de incontables y extenuantes estaciones de sequía.⁴

Y, finalmente, el *empate virtuoso*. La pulsión ganadora empuja a los hombres no hacia el empate, sino precisamente al desempate, o sea, a lograr la victoria. Porque asociado a la victoria está el trofeo; por tanto, quien dice victoria reclama el botín o la conquista. ¡Y quién no desea tan preciados logros rebosantes en sus manos! Sin embargo, el empate virtuoso es, ante todo, para los contendientes, la conquista de un *estado de conciencia* precisamente de la paradoja altimétrica, de su aceptación y normalización. No se lucha por dirimir la contienda, más bien se acepta la imposibilidad de conseguirla. Y, cargados de un espíritu realista, dejan de ver en el equilibrio

de fuerzas como un estado indeseable y más bien llegan a apreciarlo como un estado deseable. A nivel internacional esto significó precisamente la Guerra Fría entre Estados Unidos y la ex Unión Soviética: abandonar la pretensión de la victoria final y así evitaron el exterminio nuclear absoluto. A nivel interno, la democracia implica —a diferencia de los regímenes dictatoriales y totalitarios— no el escenario del Único y su monólogo, sino del gobierno y su necesaria oposición en una relación de fricción dialogante. Para dictadores y totalitarios el adversario es el enemigo a aplastar, para los demócratas, se trata de un competidor electoral, un rival político, un argumento a considerar, un debate pendiente, un oponente al cual tolerar; pero al que no se le pondrá la mano encima. Intolerancia en un caso, tolerancia en el otro. Pero, sobre todo, la mesa de negociación, que no es una panacea, ni siquiera una ecuación lógica y mucho menos un retiro espiritual, porque si bien tiene sus ángeles también incluye sus tozudos demonios que pueden convertir la mesa en una caldera del diablo (Calvo Soler, 2004).

¿Ingenuidad democrática? No, más bien profundamente realista. Un pensamiento guía a los contendientes partidarios, a saber: los actores no se ponen de acuerdo para realizar algo común porque sienten un fervor inexplicable por el consenso, sino porque no les queda más remedio (Innerarity, 2002, p. 33). También un ligero cálculo los orienta: de permitirse la convivencia, cada uno mantiene su vigencia. Esto es exactamente lo que cons-

tituye un sistema de partidos: la perdurabilidad de los actores, su presencia dentro del Estado, su inexcusable necesidad de cara a los acuerdos y, fundamentalmente, la redistribución de los cargos electivos y de sus correspondientes instituciones. Dicho de otra forma: el partido victorioso en las elecciones generales puede copar el gobierno nacional, pero no necesariamente el departamental, provincial o municipal. De hecho el congreso tiene cuotas de unos y otros. La torta estatal no se la come sólo uno de los comensales: hay tajadas para muchos partidos políticos. Nadie queda completamente ahído, pero tampoco nadie tiene las mandíbulas batiendo en el vacío. Y, si ese fuera el caso, bien hecho, porque significa que no representa a nadie.

GRAN RETO

¿Qué se requiere para que la sociedad boliviana no salte por los aires? Necesita de un proceso alquímico singular: transformar la democracia política en una democracia ampliada, pero sin retransformar la competencia pacífica (estos oros de paz) en confrontación violenta (esos lodos de sangre). La jugada se presenta histórica: *estratégica*, compatibilizar los dos recientes hechos de poder: el indígena y el autonómico; *incluyente*, reconocer los contenidos indígenas, incorporarlos y complementarlos dentro del continente institucional; e igualitaria, nivelar una de las sociedades más desiguales en uno de los continentes más desiguales del mundo. Se trata de avan-

zar sin retroceder: no sepultar la democracia representativa, pero no anegarse sólo en ella, sino avanzar hacia la participativa, deliberativa, multicultural y sustantiva. Esta es la *raison d'être* del actual proceso histórico.

NOTAS

- 1 ¿Qué pasa si la oposición se autoexcluye? ¿Si opta por el camino de la sedición, la conspiración o la guerra declarada al gobierno democráticamente instituido? La democracia como el matrimonio, para salir adelante, es cosa de dos. No hay democracia ni matrimonio si no se cuenta con ambas voluntades en la misma apuesta.
- 2 Precisamente la **revolución de los excluidos** se está produciendo en nuestra América con mujeres (Michèle Bachelet en Chile y Cristina Kirschner en Argentina), obreros (Ignacio Lula da Silva en Brasil), indígenas (Evo Morales en Bolivia) y negros (Barack Obama en Estados Unidos) que llegan a la Presidencia. La democracia se muestra como más democrática: todos votan y todos pueden ser votados. No se trata de una poliarquía —competencia entre elites—, sino la posibilidad abierta y real de que entre los menos favorecidos pueda surgir quien ocupe el lugar más favorecido. El **descenso histórico** muestra su punto de culminación: primero fue la aristocracia, luego la burguesía, ahora de abajo están surgiendo las primeras figuras de la política. Asistimos a la revelación pública de las caras ocultas del continente.

- 3 Esta idea es extremadamente importante, sobre todo para las sociedades latinoamericanas, donde la debilidad constitucional y del estado de derecho muchas veces no logra *contener* el desarrollo del conflicto, acabando entregado éste a su propia lógica, es decir, donde la dinámica contenciosa termina por ocupar el primer plano y se vuelve la forma central de interacción entre los contendientes.
- 4 Los “igualitarios” tienen para invocar la ética, la justicia y sobre todo la lacerante realidad de su parte. Su causa es noble y está a la vista de todos. Los capitalistas tienen la economía de su parte: si se debilita severamente el capitalismo, no hay bienestar, sino socialización de la pobreza: todos (o casi) ubicados en el último peldaño. ¿Consuelo de muchos, consuelo de tontos? La vivencia desgarradora y obscena de las desigualdades socioeconómicas puede llegar a ver con buenos ojos la desaparición de la vereda de enfrente, no olvidemos que el sentimiento de clase nace en la *comparación* de clases, se pierde el sentimiento si se pierde la comparación (por eso en la ex Unión Soviética prohibían reproducir imágenes del bienestar de las democracias occidentales y sólo se mostraba lo que la propaganda dictaminaba).

BIBLIOGRAFÍA

- ARON, Raymond (1999). *Introducción a la filosofía política. Democracia y revolución*. Barcelona, Paidós Studio.
- (2007) *Ensayo sobre las libertades*. Madrid, Alianza Editorial.
- BOBBIO, Norberto (1992). *El futuro de la democracia*. México, FCE.
- BRAUD, Philippe (1993). *El jardín de las delicias democráticas*. México, FCE.

- CALVO SOLER, Raúl (2004). "Entre ángeles y demonios". En: *La Trama*. Buenos Aires, n. 12 (octubre).
- DAHRENDORF, Ralf (1971). *Sociedad y libertad*. Madrid, Tecnos.
- (1990). *El conflicto social moderno. Ensayo sobre la política de la libertad*. Barcelona, Mondadori.
- (2005). *En busca de un nuevo orden. Una política de la libertad para el siglo XXI*. Barcelona, Paidós, Estado y Sociedad.
- GERTH, H. y WRIGHT MILLS, W. (1978). *Estructura y carácter social*. México, Paidós.
- INNERARITY, Daniel (2002). *La transformación de la política*. Bilbao, Península-Ayuntamiento de Bilbao/HCS.
- JAVALOY, Federico *et alii* (2001). *Comportamiento colectivo y movimientos sociales*. Barcelona, Prentice Hall.
- LORENZO CADARSO, Pedro Luis (2001). *Fundamentos teóricos del conflicto social*. Madrid, Siglo XXI de España Editores.
- MCADAM, Dough *et alii* (1999). *Movimientos sociales. Perspectivas comparadas*. Madrid, Itsmo.
- MORIN, Edgar (2002). *Sociología*. Madrid, Tecnos.
- ORTIZ LEROUX, Sergio (2000). "Ni con Bobbio ni sin Bobbio". En: *Metapolítica*. México, vol. 4 (abril-junio).
- PAZ, Octavio (1986). *Corriente alterna*. México, Siglo XXI.
- ROBINSON, William *et alii* (2004). *Siete escenarios para el siglo XXI*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- ROSANVALLON, Pierre (2007). *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires, Manantial.
- SERRANO GÓMEZ, Enrique (2001). *Filosofía del conflicto político*. México, Universidad Autónoma Metropolitana.
- TARROW, Sydney (2004). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid, Alianza Ensayo.
- THOREAU, Henry David (2003). *La desobediencia civil*. Primera edición cibernética: http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/politica/desobediencia/desobediencia.html.
- URY, William L. (2000). *Alcanzar la paz. Diez caminos para resolver conflictos en la casa, el trabajo y el mundo*. Buenos Aires, Paidós.